

FACTORES BIOLÓGICOS AMERICANOS

Señor Alcalde Mayor, Señores Académicos, señoras y señores:

La existencia del hombre prehistórico americano, negada por los etnólogos europeos hasta hace algunos años, es hoy universalmente admitida merced a los numerosos documentos hallados desde Alaska y El Labrador hasta la Tierra del Fuego.

Sin pensar, con Ameghino, que fue en América donde tuvo origen el hombre y que las emigraciones se verificaron de Occidente a Oriente, hay razones biológicas fundadas en la agricultura en el Nuevo Mundo y en las culturas que en ella se basan, para creer que dichas civilizaciones son más antiguas en este Continente que en el Antiguo, si bien una y otra fueron completamente autóctonas e independientes.

Admitida la existencia del americano prehistórico, se plantean enseguida las cuestiones siguientes: quiénes fueron los primitivos habitantes; de dónde procedían y cómo penetraron en este Continente.

La fantástica teoría de la Atlántida, basada en los escritos de Platón, apenas va teniendo adeptos y en la imaginación calenturienta de otros ha sido reemplazada con la llamada del Mu, debida a Churchward, según la cual el continente sumergido no se hallaba en el Atlántico sino en el Pacífico. No han

faltado quienes supongan que a este mundo vinieron las Tribus de Israel que se perdieron y que una de ellas, la de Judá, vino a parar a este cacho de América en que nosotros vivimos; por último, es G. Elliot Smith quien nos asegura que todas las culturas mayores americanas fueron una derivación de la de Egipto que se había extendido por la India, Malasia y Polinesia y había penetrado en América por el Norte. Todas estas hipótesis van cediendo el puesto a la que se funda en las investigaciones antropológicas, etnológicas y lingüísticas, las cuales, en asocio de la misma potología no menos que de la etología, están acordes en opinar que el hombre paleoamericano procede del Asia, de la Oceania y la Australia y que penetró en forma de inmigraciones sucesivas y en épocas muy remotas: el asiático, por el Norte; y el australiano y melanesio por las costas occidentales del Pacífico.

He dicho que los datos biológicos suministrados por la agricultura nos llevan a la conclusión de que las culturas que en ella se fundan son autóctonas en América y éste es el tema que me propongo desarrollar en el corto tiempo en que voy a distraer vuestra atención benévola; al cual agregaré algunas consideraciones relativas a la difusión de las plantas y animales domésticos por los descubridores y conquistadores.

Empezaré por afirmar que ninguna de las plantas cultivadas, ni ninguno de los animales domésticos de América fueron conocidos en Europa y Asia antes del descubrimiento hecho por Colón el día 12 de octubre de 1492; y a la inversa: los americanos desconocieron totalmente los animales y plantas domésticos de Eurasia. Sólo en el grupo de los cánidos, los indígenas se servían del COYOTE o CANIS LATRANS en Méjico, el AGUARA en Paraguay, el CALPEN en Chile y el CANIS THOUS o CARASSI. Esta afirmación nos lleva como de la mano a la

conclusión siguiente: que el hombre entró en América sin nociones ningunas acerca de la utilización de los animales y plantas, probablemente en el período paleolítico superior o durante el neolítico; que una vez acá se desarrolló lentamente como cazador y pescador hasta que al cabo de miles de generaciones se vio en posesión de una planta de fácil cultivo y de excelentes condiciones alimenticias. Tan pronto como se extendió el cultivo del ZEA MAYS, el indígena dejó la vida nómada, se alojó en cabañas, domesticó varios animales, se hizo con varias plantas alimenticias tales como la papa, la batata, la yuca, los frísoles; empleó el COHIBA o COHOBÁ, que es el verdadero nombre del tabaco y aprendió el uso del algodón y gradualmente fue adquiriendo aquella civilización característica de México, Yucatán, Centro-América, Perú y Bolivia, sin ninguna influencia de Eurasia. He ahí por qué he asentado la premisa de que la agricultura precolumbiana y las civilizaciones anejas a ella, fueron autóctonas en América.

Si los americanos y los eurasiáticos hubieran tenido influjos recíprocos a través del Pacífico o el Atlántico después que se desarrolló la agricultura en el nuevo o el antiguo Mundo, es indudable que se hubiesen transmitido lo más importante en punto de animales domésticos o plantas cultivadas. Es un axioma que los pueblos, que no emigran como las aves, sino propagándose, invariablemente llevan consigo las plantas básicas de su alimentación y aquellos animales que les son indispensables para su comodidad y subsistencia. Así ocurrió siempre, tanto en los tiempos más remotos como en aquellos que caen bajo el dominio de la historia.

Los centros de difusión de la cultura en los varios continentes no fueron cierto, las grandes llanuras ni las dilatadas riberas de los grandes ríos sino áreas limitadas, favorecidas por una temperatura

más o menos uniforme, sin profundas desigualdades térmicas entre el verano y el invierno, sin grandes precipitaciones atmosféricas; ni en los húmedos y sofocantes sitios de los trópicos, ni en las frías e igualmente inhospitables regiones hiperbóreas. Considerado en conjunto el universo mundo, dichas áreas restringidas, favorables al desarrollo de la civilización fueron: México, Perú, Bolivia y el altiplano andino en Norte y Sudamérica; porciones del Asia Menor y Asia Central; regiones limitadas al Norte de la India y Centro y Sur de China; quizá también Abisinia.

Una vez hecho el descubrimiento de las condiciones bromatológicas del maíz, las actividades humanas cambiaron rápidamente en la América precolombina. Su cultivo, repito, exigió la permanencia del hombre cerca de los campos labrantíos, los cuales debían ser desmontados previamente y luego puestos a buen recaudo de las malezas invasoras; en una palabra: el americano dejó la vida vagabunda. A la agricultura siguió probablemente la cerámica y la cestería; luego descubrieron la manera de confeccionar telas con las sutiles hebras del algodón y más tarde empezaron a manifestarse las tendencias artísticas y religiosas y se dio principio a la construcción de una serie de monumentos de piedra labrada y de petrogrifos que son el pasmo de los exploradores, desde México, Yucatán y América Central, hasta Tiahuanaco, Pachacamac, Suchuna, San Agustín y muchos más en Bolivia, Perú y Colombia. De todos ellos, uno de los más notables es el que representa el más antiguo observatorio astronómico descubierto en Uaxactun. Dicho observatorio consta de tres templos alineados, una pirámide y una estela. En él los sacerdotes mayas podían observar con toda precisión los solsticios de verano y de invierno el 21 de junio y el 23 de diciembre respectivamente; y los equinoccios de primavera y de

otoño el 21 de marzo y 23 de septiembre; e informar a los pueblos comarcanos a fin de que éstos pudieran regular las actividades agrícolas del año y sus festividades religiosas.

Pero si fue el maíz cierto, el centro de la cultura que se desarrolló en el continente americano, no fue el único vegetal cultivado que hallaron los descubridores. A los ya enumerados debemos sumar el Persea y el Ananás; la yuca y la arracacha; el caímo y el sapote; la chirimoya y la guanábana; el ulluco y la inga; la oca, la achira y otros más.

¿Qué recibieron los americanos en cambio de estos cultivos y del Gallopavo, la Llama, la Vicuña que el indio había domesticado? A los españoles suele hacérseles, entre otros muchos cargos, el de no haber prestado atención a la agricultura y de haber dejado abandonadas, durante mucho tiempo, dilatadas regiones excelentes para el cultivo. Si nos atenemos a los datos históricos, sin embargo, y pesamos estos cargos cotejándolos con los hechos, vemos que se desvanecen fácilmente.

Desde el segundo viaje del Almirante, los Reyes Católicos se decidieron a hacer ingentes gastos y emplearon cinco veces más dinero que costara la primera expedición. Ahora iba una verdadera armada de 17 navíos con 1.200 hombres a bordo, entre ellos algunos cuyos nombres conservaría la historia como Juan Ponce de León, futuro descubridor de La Florida; Alonso de Hojeda, el infortunado fundador de San Sebastián de Urabá y otros que trajeron de la Península y de Canarias: gallinas, cerdos y otros animales diversos, así como simientes de frutos y hortalizas para la propagación en las nuevas tierras. Y para el tercer viaje, los soberanos mandaron — observa Las Casas — “que en la Isabela y en la población que después se edificase, se hiciese alguna labranza y crianza para que mejor se mantuviese la gente que aquí estuviese, para lo cual se ha-

bía de prestar a los labradores 50 hanegas de trigo para que lo sembrasen, y, a la cosecha, lo volviesen y pagasen el diezmo a Dios, y lo demás se aprovecharen, vendiéndolo a los vecinos y gentes que allá estuviesen al precio razonable; para ésto le mandaron librar (al Almirante) en las tercias del Arzobispado de Sevilla 600 cahices de trigo....; ...lo mismo se mandó que sobre las vacas y yeguas que había en esta isla, trajese para cumplimiento de 20 yuntas de vacas y yeguas y, asnos, para poder labrar los labradores la tierra”.

Por manera que a los 8 años de descubierto el Nuevo Mundo ya se había sembrado en las Antillas gran parte de los vegetales útiles y habían sido propagados los animales compañeros del hombre.

El conquistador de México, cuyas famosas ORDENANZAS y RELACIONES son documentos fundamentales en la colonización de América, insiste a menudo acerca de la importancia de las propagaciones de las especies domésticas. “También he hecho saber a Vuestra Cesárea Majestad — escribe al Emperador Carlos V — la necesidad que hay que a esta tierra se traigan plantas de todas suertes. Y por el aparejo que en esta tierra hay de todo género de agricultura, y porque hasta agora ninguna cosa se ha proveído, torno a suplicar a Vuestra Majestad porque dello será muy servido, mande enviar su provisión a la Casa de la Contratación de Sevilla, para que cada navío traiga cierta cantidad de plantas, y que no pueda salir sin ellas, porque será mucha causa para la población y perpetuación della”.

De suerte que el recio conquistador en medio de las infinitas faenas, luchas y contradicciones que le imponían la dominación de aguerridas huestes y de agresivos elementos, llevaba constantemente la preocupación del mejorestar futuro de la población que iba a desarrollarse en las tierras descubiertas.

La manera como se propagaron las especies en

el Nuevo Mundo fue tan admirable que a veces raya en lo novelesco. López de Gómara, el historiador de la Conquista de México, nos refiere que un negro de Cortés llamado Juan Garrido, sembró en un huerto los primeros tres granos de trigo que halló en un saco vacío; de ellos nacieron dos, uno de los cuales dio 180 granos; tornaron a sembrarse dichas semillas y de ellas proviene todo el trigo de México. En Lima se atribuye la propagación del trigo a Inés Muñoz que encontró unos granos en el fondo de un barril, si bien el inca Garcilaso atribuye este papel de Ceres a María Escobar. En Colombia, las primeras simientes animales y vegetales penetraron por distintas vías: por el sur, Benalcázar y Robledo introdujéron los cerdos que se propagaron admirablemente; por el Norte, la expedición de Fernández de Lugo trajo a Santa Marta las primeras especies europeas que procedían de Canarias; más tarde los capitanes y soldados viejos que acompañaron a Jerónimo Lebrón “trajeron trigo, cebada, garbanzos, habas y semillas de hortaliza — apunta Rodríguez Fresie—que todo se dio bien en este reino, con que se comenzó a fertilizar la tierra con estas legumbres...” Don Alonso Luis de Lugo introdujo después las primeras vacas, las que se vendieron a precios fabulosos. Este mandatario fue recibido por Suárez Rendón y sus compañeros con los productos ya aclimatados y los frutos de la tierra. Castellanos nos dice que

Con el hornato que les fue posible, — y a todos los demás chozas y ranchos—, blanda y enjuta paja para camas, — las mesas proveídas de comida,— algún bizcocho para los magnates — y para los soldados menos graves—tortillas de maíz y de cazabe, —venados y conejos y curíes, — tórtolas y palomas y perdices, — cantidad de jamones bien curados,— porque tenían ya buenas manadas — de puercos desde que vino Benalcázar — que trajo los primeros de la

tierra. — Hubo también capones y gallinas — que se multiplicaron desde que vino — Nicolás Fedrimán, de Venezuela; — que al Nuevo Reino trajo las primeras. . .

Quien introdujo las primeras gallinas fue el bachiller Juan Verdejo, capellán del ejército de Fredermán y primer Cura de la iglesia de Bogotá.

De entre los historiadores y cronistas primitivos de Indias, es Cieza de León quien más por lo menudo trata de estos asuntos. El acucioso autor de la CRONICA DEL PERU penetró en la América con Badillo y anduvo por tierra desde las costas del Caribe y el Pacífico hasta el Potosí, en más de mil doscientas leguas. En lo que se refiere a nuestra tierra dice hablando de Anserma que “está llena de muchas y muy hermosas arboledas de frutales, así de España como de la misma tierra, y llena de legumbres, que se dan bien”. De Arma, donde él fue encomendero, asegura que “son las tierras tan fértiles; que no hacen más que apalear la paja y quemar los cañaverales, y esto hecho, una hanegada de maíz que siembran da ciento y más, y siembran el maíz dos veces en el año; las demás cosas también se dan en abundancia.

Trigo hasta agora no se ha dado ni han sembrado ninguno, para que pueda afirmar si se dará o no.

De Cali se hace lenguas y apunta que junto a las estancias “pasan muchas acequias y muy hermosas, con que riegan sus sementeras, y sin ellas, corren algunos ríos pequeños de muy buena agua; por los ríos y acequias ya dichos hay puestos muchos naranjos, limas, limones, granadas, grandes platanales y mayores cañaverales de cañas dulces; sin esto, hay piñas, guayabas, guabas y guanábanas, rultas y unas uvillas que tienen una cáscara por encima, que son sabrosas; caimitos, ciruelas, otras frutas hay muchas y en abundancia, y a su tiempo singulares;

melones de España y muchas verduras y legumbres de España y de la misma tierra.

Trigo hasta agora no se ha dado, aunque dicen que en el valle de Lile, que está de la ciudad cinco leguas, se dará; viñas, por el consiguiente, no se han puesto; la tierra disposición tiene para que en ella se críen muchas como en España.

Fray Pedro Simón nos suministra en sus NOTICIAS HISTORIALES, datos preciosos acerca de las condiciones de las tierras de pan llevar y del éxito en los cultivos. Al tratar de Cartagena nos dice que hay "árboles de todas frutas de la tierra", y agrega que "de las de Castilla se dan algunas, como higos, uvas, granadas, pero las hortalizas y legumbres maravillosamente; los repollos, de ordinario, no se siembran de semillas, sino cortando un tallo, lo meten en tierra y dentro de tres meses se hace un muy buen repollo..."

De Santa Ana de los Caballeros de Anserma nos refiere que "tienen tan grandes crías de ganado mayor, que si hubiera para dónde podrían sacar mucho de allí; el de lanar no se dá, por no favorecerle la tierra; dáse cabrío y puercos; gallinas de las nuestras se dan por extremo y a montones; también se dan algunas de nuestras frutas de Castilla, como higos, granadas, uvas; pero las de la tierra con grandísima abundancia; las legumbres de Castilla se dan maravillosamente, y hortalizas, como legumbres, repollos, culantro, yerbabuena y las demás. Algunos ingenios tienen de cañas dulces, de que hacen azúcar y miel para el gasto de la ciudad..."

Varias veces he mencionado la "caña hermosa de do la miel se acendra", una de las plantas cuyo cultivo fue aumentando desde los años primeros del descubrimiento. Esta gramínea, indígena en el Asia tropical y originaria de la India, fue importada por los venecianos en Europa en 1140. Se cree que fue aclimatada en las islas de Creta, Rodas, Chipre y Co-

rinto por los sarracenos; más tarde fue cultivada por los moros en Valencia, Granada y Murcia; en el siglo XV fue aclimatada por los españoles en las islas Canarias y los portugueses en Madera, de donde fue llevada a las respectivas posesiones americanas con tan buen éxito que se dio mejor que en la patria de origen. De tal modo que Cortés instaló trapiches poco tiempo después de la noche triste y de México se exportó azúcar para las tierras australes hasta que en el Perú se empezó la siembra. Antes de finalizar el siglo XVI ya vemos que hay cañamales en el Valle y en Caldas.

Pero comprendo que todos estos datos, muy interesantes por cierto, son realmente más adecuados para escribir una monografía que para un discurso. Excusadme, señoras y señores: yo sólo he querido, al conmemorar este día la grandiosa efemérides en que surgió del seno de la mar tenebrosa un continente lleno de infinitas naciones y de incontables riquezas, que nos detengamos brevemente considerando uno de los aspectos más interesantes y quizás menos estudiados sobre los naturales de este continente y de la civilización española, cual es el de los esfuerzos de una y otra para procurarse un bienestar económico mediante el dominio del mundo organizado y la domesticación de los animales y plantas.

Que mis palabras desautorizadas sean a lo menos estímulo para que los investigadores jóvenes continúen rastreando en las múltiples actividades de aquellos recios colonizadores, a la vez que una nueva manifestación de mi agradecimiento a los miembros de esta docta academia y de admiración siempre viva y cada vez mayor, por la obra de España en América.

He concluído.

Emilio Robledo